ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

EL HIJO DE LA PORTERA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

original de los señores

DON ÁNGEL RUBIO

Y

DON RICARDO HERNANDEZ Y BERMUDEZ



MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1885



EL HIJO DE LA PORTERA.

EL HIJO DE LA PORTERA

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

original de los señores

DON ANGEL RUBIO

Y

DON RICARDO HERNANDEZ Y BERMUDEZ

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro de ESLAVA el 10 de Setiembre de 1885



MADRID: 1885
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1.

PERSONAJES	ACTORES
LUZ.................	Sras. Muñoz.
DOÑA FÉ............	» García Mendez.
SOCORRO..............	» Boisgontier.
DON PANTALEÓN......	Sres. Riquelme (D. Antonio.)
EMILIO...............	» Balaguer.
DON EMILIO...........	» Altarriba.

Epoca actual.

Derecha é izquierda la del actor.

ACTO UNICO.

Gabinete elegante. Mesa de despacho, á uno de los lados, sillas butacas, espejos, etc.

ESCENA PRIMERA.

SOCORRO en la puerta del foro, figurando que habla con otra persona que se supone en la habitación inmediata. Tendrá un niño de pecho en los brazos.

SOC. Descuide usté, *seña* Pepa, yo cuidaré del niño hasta que usted vuelva. Que tardará usté? No importa, le echaré en la cama del amo. No vuelve; está en la oficina; en su cama dormirá como un príncipe. (Pausa.) La señorita no se entera de nada. Váyase usted tranquila. (Baja.) Pobre mujer! Como está sola en la portería porque su marido es bracero, cuando tiene que salir acostumbra á dejarme el chico, y yo que siempre estoy dispuesta á hacer un favor á *cualesquiera* que sea, no reparo... En no haciendo daño á *naide*, que viva todo el mundo. Y que vamos al decir, la mujer también me sirve *mayormente*; siempre me avisa cuando viene mi Pepe, mi novio, que es de caballería. Un mozo que se las *trae*, sin agraviar á *denguno*; en fin, un Pepe, de pé y pé, y doble u. (Mirando al niño.) Qué niño más hermoso tiene la portera!... No se parece á su padre... Tiene toda la cara de su primo... No negará que es de la familia!... Pobrecito mío! Está dormido como un tronco!... A mí

me gustan mucho los niños; me muero por ellos! En cuanto me case necesito tener uno como este, y hasta que lo consiga no paro. (Besando al niño.) Hijo de mi alma! A la cama, y quiera Dios que no despiertes hasta que vuelva tu madre. (Vase primera derecha.)

ESCENA II.

LUZ y DOÑA FÉ.—Aparecen por la primera puerta izquierda.

FE. Nada, nada, te lo repito; respecto de los hombres tengo mi opinión formada y pienso como Santo Tomás: *ver* y *creer*.

LUZ. Pero doña Fé!...

FE. Y todavía hay algunos que desmienten esta verdad, porque hacen cosas que se están viendo y se dudan.

LUZ. Ya veo que perdió usted el nombre con ellos.

FE. Sí hija; son capaces de hacerla á uno perder hasta el apellido!

LUZ. Pero todos no serán iguales.

FE. Con muy raras escepciones.

LUZ. Emilio será una escepción.

FE. Es un fenómeno.

LUZ. Pues no es tan feo!

FE. Un fenómeno, moralmente hablando, mujer.

LUZ. Pero sepamos. Por qué odia usted tanto á los hombres?

FE. Por canallas. (No me han hecho caso nunca!)

LUZ. No se comprende que una mujer soltera...

FE. Por eso precisamente, porque no han tenido habilidad suficiente para ponerme en el caso de casarme.

LUZ. Habrá usted sido muy dura de pelar.

FE. Muy dura. No me he dejado pelar de nadie.

LUZ. Pues mire usted, doña Fé, yo adoro á Emilio con toda mi alma, es tan bueno!

FE. De novios todos son muy buenos; después, después es cuando cambian.

LUZ. Emilio no cambia.

FE. No te fies; los hombres dan más vueltas que la levita de un cesante, y nunca se les debe creer: mienten más que la *Gaceta*.

LUZ. Pero qué ódio le tiene usted!...

FE. Mucho! Comprendo á Herodes!

LUZ. Jesús, qué atrocidad! Pues á pesar de lo que usted me dice, todo mi anhelo es casarme.

FE. No me opongo. Yo doy consejos como Salomón, y después me lavo las manos como Pilatos.

LUZ. Pues basta de sagrada Escritura, y escúcheme usted.

FE. Habla.

LUZ. Acabo de recibir una carta de Emilio, que me tiene loca de contento.

FE. Y qué dice esa carta?

LUZ. Que se quiere casar en seguida.

FE. Zapateta!

LUZ. Qué alegría, doña Fé! No es verdad?

FE. Sí... (Pues no tiene pocas ganas de casarse la niña.)

LUZ. Escuche usted, escuche usted lo que dice. (Saca una carta y lee.) «Querida Luz.»

FE. Sí, apaga y vámonos.

LUZ. «Sin tí no puedo vivir.»

FE. Es claro; es vivir á oscuras.

LUZ. «Y para probarte que no miento, he decidido casarme.»

FE. Soltó la bomba!

LUZ. «Mis padres están conforme; esta tarde veré al tuyo y le pediré tu mano.»

FE. No es disgusto el que va á tener tu padre; él que ignora estas relaciones.

LUZ. «Antes tendré el placer de verte y de dar un abrazo á Doña Fé.»

FE. A mí?

LUZ. «De agradecimiento, por haber sido el ángel tutelar de nuestros amores.»

FE. Me llama angel! (Muy contenta.) Qué fino es este muchacho! Qué fino!

LUZ. «Ya no tendrás que echarme en cara la falta que has cometido por mi causa.»

FE. Eh?

LUZ. Se refiere á que yo le acriminaba por entrar en casa sin conocimiento de papá.

FE. Falta que yo he tolerado por lo mucho que te quiero y porque siempre estaba á tu lado.

LUZ. «Adios, luz de mi vida! Quiera él hacer de la nuestra un Paraiso! Así lo desea, tu Emilio.»

FE. No cuenta con la serpiente que va á ser don Pantaleón!

LUZ. Y por qué se ha de oponer mi padre? Un hombre de buena posición, fino, elegante y de una familia distinguida!

FE. Te diré las razones! Cuando yo entré en esta casa de ama de gobierno y aya tuya, don Pantaleón me leyó la cartilla.

LUZ. La enseñó á usted á leer?

FE. No quiero decir eso! Que me encargó, sobre todas las cosas, que no te dejara tener novio cuando tuvieras edad para ello. Ya ves qué bien lo he cumplido.

LUZ. Y porqué razón?

FE. Porque te destina para que seas la esposa de don Benito, de ese viejo millonario!

LUZ. Casarme yo con un viejo!... Renunciar á Emilio?... Imposible!

FE. Eso quiere tu padre.

LUZ. Pero mientras yo no quiera, todo será inutil.

FE. Pero si se opone...

LUZ. Emilio será capaz de robarme

FE. Nos robará á las dos, porque yo no me quedo en esta casa. (Así, aunque tarde, podré apreciar lo que es un rapto.)

ESCENA III.

DICHAS.—EMILIO, foro.

EMIL. Dan ustedes su permiso?

LUZ. (Deja la carta sobre la mesa, distraida.) Emilio!

EMIL. Mi querida Luz!

FE. (En nombrando al ruín de Roma! ..

EMIL. Doña Fé, venga un abrazo con permiso de Luz.

FE. Me dá mucha vergüenza.

EMIL. Es un abrazo de gratitud. Sólo á usted debo la felicidad que hoy experimento. (La abraza.)
FE. (Debo estar más encendida que la grana.)
EMIL. Hoy seré el hombre más feliz de la tierra, si consigo que don Pantaleón me conceda la mano de mi encantadora Luz!
LUZ. Adulador!
FE. Y diga usted, don Emilio, está usted completamente decidido á dar fondo?
EMIL. Cómo, fondo?
FE. Quiero decir, á echar el ancla, á casarse.
EMIL. Es mi único deseo.
FE. Mire usted que el matrimonio es un barco sin rumbo fijo, y que el viaje es siempre temerario.
EMIL. Pues en términos marinos, diré á usted que me embarco sin miedo de zozobrar. Y tú?
LUZ. Sin temor alguno.
EMIL. Sabe usted lo que yo estoy deseando, doña Fé?... Tener los primeros síntomas del mareo.
FE. Ah! picarillo!
EMIL. Luego hay que ver que con esa capitana es difícil naufragar.
FE. Quiá! Con ella se va usted más pronto á pique; es usted hombre al agua.
LUZ. Já! já! já! Parecen ustedes dos marineros!
EMIL. Pero, qué opinas tú de esto?
LUZ. Que no hay peligro alguno mientras yo lleve siempre la aguja de marear.
FE. Pues basta de náutica. Aquí lo grave del caso es que don Pantaleón quiere casar á Luz con un viejo millonario.
EMIL. Pero mientras ella no quiera...
FE. Y si su padre le niega á usted su mano?
EMIL. Le robo la hija, y á usted tambien!
FE. (Dios mío! qué gusto! Un rapto por partida doble!... Este muchacho es muy simpático!)
LUZ. Eso es una locura.
EMIL No queda otro recurso.
LUZ. Quién sabe lo que dirá mi padre?

ESCENA IV.

DICHOS y SOCORRO, por el foro precipitadamente.

SOC. Ay, señorito de mi alma! Desde la ventana de la cocina, he visto que el amo sube las escaleras.

LUZ. Mi padre á estas horas?

FE. Don Pantaleón!... Qué compromiso; si le coje á usted aquí antes que usted le pida la mano de su hija... le tira por el balcón.

EMIL. (Demonio!)

FE. Estamos perdidos!

LUZ. Qué contratiempo!

EMIL. Y qué hacemos?... Dónde me escondo? (Llaman.)

LUZ. Dios mío! Ya está ahí!

EMIL. Allí me oculto.

FE. No hombre, que es su cuarto.

LUZ. Ah, qué idea!... Diremos que eres el médico que esperaba: no le conoce, y se llama precisamente como tú.

FE. Excelente pensamiento! Pasa usted por el médico que le recomienda su amigo don Benito. (Campanilla.)

EMIL. Pero cómo he de pasar por médico si no he matado á nadie todavía?

SOC. (Vaya un lío! y yo sin poder sacar la criatura! Si la encuentra mi amo...)

FE. Anda, abre pronto, y finjamos la visita. (Vase Socorro. Campanilla.)

LUZ. No hay otro remedio!

EMIL. Pero cómo pido luego tu mano?

LUZ. No sé. Lo esencial es salir ahora del apuro.

FE. (Vírgen de Guadalupe, si nos sacas con bien, te ofrezco un niño de cera!)

ESCENA V.

DICHOS.—DON PANTALEÓN, muy incomodado.

PANT. Están ustedes sordos! Una hora en la puerta habiendo tres mujeres en casa!

FE. (Ya siento la fiera!)

EMIL. (Vaya una situación!)

PANT. (Saliendo.) Y sabiendo que no me gusta esperar! Esto no es casa!

LUZ. Eres tú, papá? (Con sorpresa.)

FE. Calla, don Pantaleón! (Dios nos coja confesados.)

PANT. Eh?... quién es este caballero?

EMIL. (Aquí entro yo!) Servidor de usted. (No me llega la camisa al cuerpo!)

LUZ. Este señor es el médico que esperabas, y que te recomienda don Benito...

EMIL. Justo... don Benito.

PANT. Ya! (Dándole la mano.) Dispense usted; como no no tenía el gusto de conocerle.

EMIL. El gusto es mío. (Pobre hombre.)

PANT. Tome usted asiento.

FE. Como no le esperábamos á usted á esta hora, suplicábamos al doctor que volviera.

PANT. Con efecto, no salgo de Ministerio tan pronto, pero hoy he tenido que abandonar el pupitre porque me atormentan mucho los dolores, de una manera... que viene usted como llovido del cielo.

EMIL. (¡Sí, ó del infierno!)

PANT. De modo, que si me dejan ustedes solo con el doctor, le esplicaré mi padecimiento.

EMIL. (Aquí empezó Cristo á padecer!... Qué le digo yo á este hombre?)

PANT. Hoy estoy desesperado! Necesito un remedio enérgico.

FE. (Pues no es mal sinapismo el que te espera!)

LUZ. Con su permiso. (Saluda y mutis)

EMIL. Señorita!... (Saluda.)

FE. Señor Doctor, beso á usted la mano.

EMIL. A los piés de usted, señora.

FE. (Váyase usted pronto!) (A Emilio.)

EMIL. (Ya lo creo! En cuanto pueda!)

FE. (Dios mío! qué vá á pasar aquí!) (Mútis.)

ESCENA VI.

DON PANTALEON.—EMILIO.

PANT. (Muy joven es el médico; tal vez de la última hornada.) Conque usted visita á Don Benito?

EMIL. Soy su médico de cabecera hace algunos años.

PANT. Y está bueno?

EMIL. Tan bueno y tan gordo!

PANT. Cómo gordo, si él es una espina?

EMIL. (Me cojió!) Pues, eso es: tan gordo como puede estar una espina gorda! (Qué apostamos á que me pincho?)

PANT. Sí, sí, comprendido. Pues si usted gusta, le haré la historia de mi enfermedad.

EMIL. No deseo otra cosa.

PANT. Empezaré desde mi juventud.

EMIL. (Entónces ni la historia de España.)

PANT. No sé si usted habrá observado que soy muy nervioso.

EMIL. En efecto, su temperamento...

PANT. Yo creo que la causa de mi enfermedad, es mi mal carácter, porque yo he sido una fiera! Luego, con estos nervios que parecen rabos de lagartijas, siempre estoy saltando!...

EMIL. (Qué bruto debe ser mi papá suegro!)

PANT. Hoy es un día que siento deseos... de pegar á alguno.

EMIL. (Excelente ocasión para decirle que soy el novio de su hija.)

PANT. Y en mi juventud, los nervios me han proporcionado varios lances de honor, que jamás rehusé, y en los que casi siempre salí...

EMIL. Vencedor!

PANT. No señor; lastimado. En mi juventud fuí muy enamorado, y el amor...

EMIL. El amor!... El amor lo disculpa todo, don Pantaleón! (Pongámonos en buen lugar por si acaso!)

PANT. La verdad!... Pero trae malos resultados!... malos!...

EMIL. (Sí, á quién se lo cuentas?) De modo que usted ha sido muy aficionado á las mujeres?

PANT. Sí señor. Un pirandón de primera fuerza!

EMIL. (Digo! digo! El vejete!)

PANT. Para abreviar; el amor...

EMIL. Fué la causa de esos dolores.

PANT. Sí, el amor y la humedad.

EMIL. Hombre!... Qué rareza!

PANT. No tiene nada de raro; se explica perfectamente; yo pasé una noche de Enero dentro de una tenaja, por ocultarme de un marido.

EMIL. Llena de agua?

PANT. No; pero se llenó en cuanto yo caí dentro. Tres horas pasé allí en aquel baño ruso, y desde entónces...

EMIL. Está comprendido: padece usted reuma.

PANT. Exactamente: ha puesto usted el dedo en mis dolores.

EMIL. Y eso ocurrió hace mucho tiempo?

PANT. Treinta años.

EMIL. (Friolera!) Pues eso se cura, y el que no se cura...

PANT. Se muere.

EMIL. No señor; se alivia.

PANT. De veras?

EMIL. A ver el pulso.

PANT. (Parece muy observador.)

EMIL. Incipiente.

PANT. Qué?

EMIL. Que empieza el recargo.

PANT. Y estoy malo, eh?

EMIL. A ver la lengua? (Buena zapatilla moruna.) Puede darse un caso...

PANT. Qué barbaridad! Un caso? Que no se dé por Dios, doctor.

EMIL. No; si no me refiero á eso. Digo que puede darse el caso de que tenga usted que tomar aguas termales.

PANT. Ya!... Eso es distinto!

EMIL. A dónde siente usted el dolor?

PANT. Aquí! aquí! (Señalando en el bolsillo del chaleco.)

EMIL. Donde se manifiesta generalmente á todo el mundo. Y el hígado?... Cómo está el hígado?

PANT. Hombre! yo no sé!

EMIL. Puede que haya algo de postratitis; tal vez la mucosa intestinal... (Yo no sé lo que me digo!) Habrá que reconocerle... sondarle...

PANT. Cómo, sondarme?

EMIL. Sondear la enfermedad.

PANT. Ya! Eso es otra cosa!

EMIL. Por lo demás, creo que conseguiremos el *finis coronat opus.*

PANT. No sé lo que es; pero sí lo conseguimos.

EMIL. Ya lo creo. (Estoy sudando.)

PANT. Pues si usted gusta recetar...

EMIL. No, señor; yo no receto.

PANT. Hombre! (Asombrado.)

EMIL. Hago yo mismo las medicinas en casa; no me fio en los farmacéuticos.

PANT. Y hace usted bien; no se fie usted de los boticarios! Pueden cambiar la fórmula, y darle á uno un veneno por otro. Joven! Eso está muy bien pensado.

EMIL. De modo que si usted me lo permite, me retiro. Esta misma tarde traeré las medicinas que le están más indicadas. Advierto á usted que las suministro gratis á mis enfermos.

PANT. (Qué buen médico es este chico.)

EMIL. Los pacientes me reclaman...

PANT. Es claro, los pacientes deben estar... impacientes!

EMIL. He tenido mucho gusto...

PANT. Don Pantaleón Opiata, empleado en Hacienda.

EMIL. (Cuando yo vea la calle, me parecerá mentira!) Muchas gracias! El doctor Emilio...

PANT. Ya sabe usted la casa.

EMIL. Hasta luego. (Yo necesito soltar la carcajada.) (Mútis.)

PANT. Vaya usted con Dios; beso á usted la mano. (Lo acompaña.)

ESCENA VII.

DON PANTALEÓN.

No parece mal médico, no cobra las medicinas; si hicieran lo mismo con las visitas, sería una ganga. En fin, veremos si acierto con mi enfermedad. Busquemos la nota que más que otra cosa me ha traido á casa, y que me dejé olvidada encima de la mesa. Esta debe ser. (Se di-

rige á la mesa y coje la carta que dejó olvidada Luz, de Emilio.) Qué es esto?... «Luz mía!» Demonio! Qué es lo que leo? Una carta amorosa para mi hija!... «De este modo, no tendrás que arrepentirte de la falta que has cometido por mi causa!...» Y hay una falta!... Dios mío! Qué falta será esta?... «Pediré la mano á tu padre...» Esa infame doña Fé tiene la culpa de todo!... Miserables!... Van á morir á mis manos! (Llora el niño dentro.) Quién llora?... Parece una criatura... y en mi alcoba?... Qué es esto? Veamos. (Mútis. Entra y sale en seguida con el niño.) Rayos y truenos! Una criatura en mi cama!... De dónde ha venido esto?... Dios mío! qué presentimiento! Esta carta que habla de una falta!... Adivino lo demás. Aquí viene doña Fé. Voy á interrogarla. (Entra en la alcoba con el niño.)

ESCENA VIII.

DOÑA FÉ.—A poco DON PANTALEÓN.

FE. No hay nadie. Todo está tranquilo, y don Emilio solo. Si don Pantaleón se entera de estos amores, que va á ser de mí? De fijo que me pone de patitas en la calle! Pues bonito genio tiene!

PANT. Venga usted aquí! (Cojiéndola del brazo.)

FE. Ah! (Asustada.)

PANT. Serpiente venenosa!

FE. (Dios mio! La fiera!) Que me lastima usted, don Pantaleón!

PANT. Si la voy á usted á ahogar entre mis manos como no confiese!

FE. Pero hay peligro de muerte?

PANT. Mire usted esta carta, y muérase usted de vergüenza!

FE. (Dios mio! La carta de Emilio que se dejó olvidada sin duda esa chiquilla!)

PANT. Qué dice usted á esto, vieja verde?

FE. Señor! (Suplicando.)

PANT. Hasta para usted habla de abrazos!

FE. Son de agradecimiento, don Pantaleón!

PANT. Hable usted, víbora!

FE. Pues bien, sí señor; todo cuanto dice esa carta es cierto! Perdón! (Se arrodilla.)

PANT Pero cómo ha sucedido esto?

FE. Como sucede siempre, sin querer... el amor es ciego!

PANT. Qué infamia!

FE. Más tarde ó más temprano hubiera sucedido, de modo que el delito no es tan grande!

PANT. Señora!... Qué está usted diciendo?

FE. La verdad.

PANT. Y quién ha sido el villano?

FE. Un hombre.

PANT. Me lo figuro.

FE. Se quiere casar con ella; es de buena posición: de buena familia.

PANT. Y usted, para qué ha servido en esta casa? Cómo no ha evitado esos amores?

FE. Pues si no estoy yo de por medio, las consecuencias hubieran sido mayores.

PANT. Váyase usted ó la pulverizo!

FE. Ya me voy.

PANT. Y se llama usted Fe!!

FE. Sí señor. (Llorando.)

PANT. Lo que es usted es una fea, con las partidas idem!

FE. (Dios mío! Qué génio tiene este hombre!) (Vase segunda izquierda.)

ESCENA IX.

DON PANTALEÓN.—A poco DON EMILIO.

PANT. Estoy loco!... No sé lo que me pasa!... Se me crispan los nervios!... Yo necesito estrujar algo! (Coje su sombrero y lo estruja.)

D. EMIL. Se puede pasar?

PANT. (En mejor ocasión!)

D. EMIL. Don Pantaleón Opiata?

PANT. Servidor.

D. EMIL. Yo soy don Emilio...

PANT. Don Emilio!... no diga usted más! (El seductor de mi hija! Si pudiera estrujarle como al sombrero.)

D. EMIL. Dispense usted, creo que distraido va usted á estropear...

PANT. Esto no vale nada! (Con ira.)

D. EMIL. Pues yo vengo...

PANT. Sé á lo que viene usted!

D. EMIL. (Este debe ser el enfermo. Tiene el semblante alterado.)

PANT. Usted viene á cicatrizar una herida que yo tengo.

D. EMIL. (Se trata de una herida. Dónde la tendrá?)

PANT. Siéntese usted. (Se sienta.)

D. EMIL. (Qué fijamente me mira!)

PANT. Le estoy á usted mirando .. y no acierto á comprender como un hombre tan viejo y tan feo...

D. EMIL. (Qué grosero!)

PANT. Ha podido meterse en ciertas operaciones.

D. EMIL. Pues si es mi especialidad!

PANT. Pero hombre, á su edad!

D. EMIL. La vejez garantiza mi mérito, porque la esperiencia vale mucho en ciertas ocasiones.

PANT. (Yo á este hombre lo mato.)

D. EMIL. Los jóvenes de hoy no sirven para nada.

PANT. Qué hombre más infame! Bueno; basta, basta! Terminemos! Sé que es usted padre...

D. EMIL. Sí señor.

PANT. Y yo abuelo!

D. EMIL. Lo celebro.

PANT. Yo no!

D. EMIL. Pues yo creí... (Tiene ojos de loco!)

PANT. Viene usted resuelto á poner remedio...

D. EMIL. Sí, señor. Atajaremos el mal desde un principio.

PANT. Qué dolor!

D. EMIL. Dónde?

PANT. Dónde ha de ser?... En el alma!

D. EMIL. Ya se curará.

PANT. Imposible! Me ha matado usted!

D. EMIL. Hombre, todavía no.

PANT. Moralmente, sí.

D. EMIL. Moralmente?

PANT. De modo, que usted se casará decidamente con ella?

D. EMIL. Con quién?

PANT. Con quién ha de ser!... Con mi hija!

D. EMIL. (Decididamente está loco!) Pero por quién me ha tomado usted? Eso no es posible!

PANT. Que no?... Si no se casa con ella, no sale vivo de aquí!

D. EMIL. Pero señor mío, si yo soy casado hace veinte años.

PANT. Qué escucho! Casado! Y qué va á ser de su hijo?

D. EMIL. Pues qué le pasa á mi hijo?

PANT. Se quedará sin nombre.

D. EMIL. Cómo sin nombre?... Mi hijo se llama Emilio como yo.

PANT. De manera que lo habían ustedes bautizado?

D. EMIL. Naturalmente. Quería usted que fuera moro?

PANT. Y qué apellido tiene?

D. EMIL. Cuál ha de tener?... El mío.

PANT. Al estar casado ese hijo no puede ser de usted.

D. EMIL. Caracoles! (Este hombre desvaría.)

PANT. Es usted un seductor... uu viejo verde!... y va usted á morir á mis manos!

D. EMIL. (Es un demente!... No cabe duda!... Esos ojos extraviados...)

PANT. Ese hijo está en mi poder.

D. EMIL. Quién? El mío?

PANT. Sí; mal padre. Pero primero mataré á la madre, luego al padre... luego al hijo...

D. EMIL. Y después al Espíritu Santo! (Pero, qué guilladura!)

PANT. No te escaparás! (Cerrando la puerta.)

D. EMIL. (Y me encierra... Si le dá un acceso, estoy divertido.)

PANT. Antes de morir, verás á tu hijo por última vez.

D. EMIL. Conque por última vez?

PANT. Sí. Tiembla ante la justicia divina! (Mútis, primera derecha.)

ESCENA X.

DON EMILIO.

Pues vaya un recibimiento! No cabe duda que este hombre está loco rematado; bien me lo podía haber dicho don Benito. Pues yo no me quedo solo aquí con él... Es capaz de hacer una barbaridad! Y no sale nadie: será preciso llamar. (Llama desde la puerta del foro, que abrirá.) Muchacha!... muchacha! Un demonio, me vuelvo á quedar solo con el loco!

ESCENA XI.

DON EMILIO.—SOCORRO.

SOC. Llamaba usted?
D. EMIL. Tú eres la doncella que me abrió la puerta?
SOC. Sí, señor; quería usted algo?
D. EMIL. Que digas á la familia de don Pantaleón, que tu amo está propenso á un ataque de locura.
SOC. Que mi amo está loco? Qué desgracia!
D. EMIL. Pero rematado.
SOC. Y usted, cómo lo sabe?
D. EMIL. Porque soy médico.
SOC. Pobre amo mío!... Voy á decírselo á la señorita.
D. EMIL. Sí; pero pronto, pronto.
SOC. En seguida. (Mútis primera izquierda.)
D. EMIL. Estoy temiendo que don Pantaleón salga y haga una barbaridad.

ESCENA XII.

DICHO.—LUZ.—SOCORRO.—EMILIO.

LUZ. Dios mío de mi alma! Mi padre loco! ¿Quién lo dice?
SOC. Este señor.
D. EMIL. Señorita...
LUZ. Caballero...

D. EMIL. Yo soy el médico recomendado de don Benito; acabo de tener una consulta con su papá, y estoy convencido del estado de su demencia.

LUZ. Pero si hace poco se encontraba tan bueno... Avisa á doña Fé! (Vase Socorro)

D. EMIL. No hay que asustarse, puede que se le pase.

LUZ. Qué disgusto!... Yo voy á entrar en su cuarto...

D. EMIL. De ningún modo; podría ocurrir una desgracia... El se acerca. Que no la vea á usted por ahora. Desde esa puerta podrá convencerse de cuanto he dicho.

LUZ. Dios mío! Qué miedo!

D. EMIL. Ocúltese usted. (Luz se oculta.)

ESCENA XIII.

DICHOS.—DON PANTALEÓN, con un niño.

PANT. Mi honra lo exije. Aquí tiene que haber sangre. Mucha sangre.

D. EMIL. (Este tío me dá miedo! Y trae una criatura!)

PANT. Acérquese usted.

D. EMIL. Sí, en seguida.

PANT. Aquí tiene usted á su hijo.

LUZ. (Pero de donde ha sacado mi padre ese niño?)

D. EMIL. Conque á mi hijo... en pañales?

PANT. Pues qué, lo esperaba usted con sombrero de copa?

LUZ. (Dios mío! Es cierto! Mi padre desvaría!)

PANT. Es usted un mónstruo!

D. EMIL. Eso se queda para personajes de alta categoría.

PANT. Mire usted! Mire usted esta criatura inocente! No le dice á usted nada su conciencia?

D. EMIL. A mí? Nada.

PANT. Bésele usted por última vez.

D. EMIL. Hombre, yo qué he de besar!

PANT. Que no besas á tu hijo?

D. EMIL. Ni es mi hijo, ni le beso.

PANT. Reniegas de tu sangre!... Vas á morir, miserable!

D. EMIL (Qué bruto!)

LUZ. (Saliendo) Por Dios, papá. Qué te sucede?
PANT. Mi hija! Digo, no. Tú no eres mi hija!
LUZ. Cómo que no?... Mírame bien.
PANT. No te conozco!
D. EMIL. (Digo! Si estará loco que no conoce á su hija!)
LUZ Pero de dónde has sacado ese niño?
PANT. Este niño? Pues no es tuyo?
LUZ. Mío? Jesús, qué desatino!
PANT. No lo niegues. Ahí tienes á tu cómplice. (Señalando á don Emilio.)
LUZ. Quién? Este caballero?
PANT. Ese no ha sido caballero nunca!
D. EMIL. (Ya escampa!)
LUZ. Pero papá, si yo no le conozco, ni le he visto hasta hoy en mi vida.
PANT. (Será cierto?)

ESCENA XIV.

DICHOS.—DOÑA FE.

LUZ. Ay, doña Fé de mi alma! Mi padre está loco!
FE. Loco?
LUZ. Rematado!
PANT. Venga usted acá, doña Sierpes!
FE. Doña Sierpes?
PANT. (Mirando alternativamente al niño y á doña Fe.) Se parece! Esta es la madre. Tome usted esto.
FE. Un chico?
PANT. O chica, no lo sé á punto fijo. Es de usted por casualidad?
FE. No señor. Ni por casualidad! Está usted loco?
D. EMIL. (Ya lo creo que lo está!)

ESCENA XV.

DICHOS.—EMILIO.

PANT. Pero de quién es esta criatura?
EMIL. Dan ustedes su permiso?
LUZ. (Dios mío! Emilio!)
FE. (Buena se va á armar!)

Luz.	(En qué mala ocasión!)
Pant.	Llega usted oportunamente, querido doctor.
D. Emil.	(Otro médico?)
Luz.	(Estamos perdidos! Todo se va á descubrir. Ese es el médico que esperaba mi padre.)
Emil	(No importa!)
D. Emil.	Don Pantaleón, puesto que usted ya tiene otro médico, yo me retiro.
Pant.	Otro médico?... Dónde está el otro médico?
D. Emil.	El señor.
Pant.	Sí; el señor, ya sé que es médico. Pero, quién es el otro?
D. Emil.	El otro soy yo.
Fe.	(Nos mató!)
Pant.	Que usted es médico?...
D. Emil.	Sí, señor; y le aseguro que no tiene usted muy buena la cabeza.
Pant.	Ya lo creo... y me van ustedes á volver loco entre todos.
D. Emil.	No, si ya lo está usted.
Pant.	A qué ha venido usted á mi casa?
D. Emil.	Recomendado por don Benito, á encargarme de su curación.
Pant.	Usted?
D. Emil.	Sí, señor.
Pant.	Entónces, usted.. quién es? (A Emilio.)
Emil.	Don Pantaleón, le suplico á usted que me perdone. Yo soy el novio de su hija de usted.
Pant.	Ah, pillo!
Emil.	Nos sorprendió antes, y yo pasé por doctor, sin serlo; esta es la verdad.
Pant.	Conque me han estado ustedes engañando?
Emil.	Con la mejor buena fé.
Pant.	Sí, conozco la fé de este negocio. De manera que la falta de que habla esta carta que usted dirige á mi hija?...
Emil.	Se refiere únicamente á la de verla sin su consentimiento.
Pant.	Respiro!
Emil.	Nuestros amores han sido puros.
D. Emil.	(Ahora resulta que si no el loco, el tonto he sido yo.)

LUZ. Con que papaito, consentirás en nuestra unión? Emilio es rico!

PANT. Entónces habrá que sacrificarse... Pero esta criatura que está en mi cama, de quién es?

SOC. El hijo de la portera.

PANT. De la portera!... Angelito! Pues no me ha dado flojo disgusto!

SOC. Señorito, perdone usted, yo no pude presumir...

LUZ. Papá, todavía te queda otro susto más grande.

PANT. Cuál?

FE. El que pueden darle á usted esos caballeros!

PANT. (Al público.) Es verdad!
El que espera... desespera.
Temblando estoy de pavor...
dá un aplauso por favor
al hijo de la Portera.

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Antonio de San Martin*, Puerta del Sol; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, y de los *Sres. Córdoba y C.ª*, Puerta del Sol; le *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, y de los *señores Simon y C.ª*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, PARÍS. PORTUGAL: *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro, LISBOA y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, PORTO. ITALIA: *Cav. G. Lamperti*, Via Ugo Fóscolo, 5, MILAN.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.